

COMENTARIOS

Volver a los 17, después de vivir un siglo

Francisco Gallardo⁷

Acostado en mi cama clínica con la televisión encendida, disfrutando ese estado de nirvana profundo que regala al pobre esta tecnología, unos suaves golpes en la puerta me trajeron de bruces a la realidad. A contraluz parada en el vano, la enfermera jefe de la institución donde vivo proyectaba una larga sombra sobre el piso blanquecino. Ella sostenía temblorosa un manojo de papeles entre sus manos. Don Pancho, susurró suavemente algo consternada, el editor de la revista de la Sociedad de Arqueología pide comente un escrito que lo menciona por algo que usted dijo hace 30 años. Déjelo por aquí y gracias, repliqué tratando de no revelar mi estupefacción.

Bajé el volumen de la tv y apreté el botón que levanta el respaldo de mi cama. Sentado busqué mis lentes entre las mantas arrugadas y leí el impreso firmado por Benjamín Ballester, debe ser un jovencito, pensé. En él se menciona a un Sr. Berenguer y un Museo Precolombino que ya no recuerdo con exactitud, menos a las otras personas con excepción de Cornejo, que me parece vive aquí mismo en la planta superior. Mi memoria no es tan buena como antes, debe ser a causa de varios antiguos pequeños stroke.

En el manuscrito se dice que yo habría escrito: *“la arqueología es aquella disciplina que se ocupa de todas aquellas sociedades que muestran formas precapitalistas de producción, y que en la actualidad no se encuentran en funcionamiento”*. Y que de esta manera metía mi cuchara en la cazuela del Sr. Berenguer, que en su respuesta parecía molesto y enojado. Sin duda, tenía menos de 30 años, y de seguro este episodio fue resultado de una descompensación, de un ataque severo de marxismofrenia. Una enfermedad que se adquiere y no te abandona nunca. Con la edad se vuelve ligera y apacible, pero aun así no ayuda a hacer amigos. Debo confesar, sin embargo, que por lo mismo, ahora no pienso de igual modo ni del marxismo ni de la arqueología ni de mi persona que va derecho a contexto arqueológico.

Pienso ahora que no es tan buena idea que la arqueología deba estudiar al “hombre detrás del artefacto” (como se dice vulgarmente), pues esta afirmación tiene la desastrosa consecuencia de promover ideas como la escrita por el Sr. Gallardo, ese del museo precolombino. Para el tipo este, era claro lo inoficioso de la arqueología del capitalismo o cualquiera otra en funcionamiento. Qué sentido tendría una ciencia cuyo oficio y existencia son “los materiales como medio para reconstruir las relaciones sociales”, cuando en las contemporáneas estas últimas son enteramente accesibles. La visión instrumental de la cultura material soslaya lo evidente, ella es el medio donde habitamos.

La verdad (hay que reconocerlo) proviene de aquellos que hablan y piensan “enredado” (como Hodder, Olsen, Oestigaard, Bob Esponja (que es un ser no humano) y otros habitantes de la comodidad del pantano material), ellos se anotan un punto al creer que vivimos entre los artefactos y no a través de ellos.

7 ICHIS – Centro Interdisciplinario de Estudios Interculturales e Indígenas. Pontificia Universidad Católica de Chile. fgallardo.ibanez@gmail.com

Una epifanía que da por resultado una ironía, pues acaban de “inventar la rueda filosófica” ¿Acaso no fue Karl Marx, quien proclamó a los cuatro vientos que son las condiciones materiales las que dan forma a la vida social? Asunto que no le era divertido o confortable, pues él creía que el sujeto se volvía esclavo de las cosas. Condición imperdonable que ameritaba la producción de las más despiadadas críticas culturales. Método inamigable diseñado para desnudar el fetichismo de esas ideologías que pretenden hacer pasar por corderillo inocente al lobo que es el mundo constante y sonante de la vida ordinaria.

Son estas experiencias materiales, en cualquier época y lugar, las que deben poner nervioso y malhumorar al arqueólogo. De aquí nuestra especificidad. Estado de incomodidad desapacible que de seguro encontrara numerosos seguidores, desde el maestro de escuela al profesor universitario. Simplemente una nueva e inevitable frontera. Una consecuencia natural que es el resultado de las cosas que los arqueólogos hacen con la arqueología y no el resultado mecánico de sus digresiones. Por más esfuerzos fronterizos que hagamos, la arqueología de México nunca se parecerá a la de Chile. Para ellos el pasado es un patrimonio corporativo, para nosotros los chilenos una simple curiosidad.

Hay que decir también, que la cultura material no es propiedad de los arqueólogos. Y ciertamente no es necesario ser uno para escribir *El elogio de la sombra*, *El imperio de los signos*, *El posmodernismo o la lógica del capitalismo tardío* o *El Medio es el masaje*. Tampoco hay que serlo para glorificar poéticamente Isla Negra, reírse con sarcasmo de los artefactos o escribir *Cinco pepitas de naranja*. Todos estos episodios resuenan en mi cabeza, y me han acompañado mientras escuchaba *Money* de Pink Floyd. Lo que es obvio, es que no todas estas obras pertenecen al mismo campo ni sus creadores experimentan las cosas del mismo modo. Sólo la apertura al diálogo, la escucha y sus puentes colgantes ponen en contacto a estos continentes. En sus bordes se producen resultados inesperados y asombrosos. En muchos aspectos nuestro trabajo es tejer esos puentes.

Las acciones humanas son excluyentes por definición. Si haces algo, dejas de hacer otro algo. Por esto creo impropio ver la historia como conspiración, la entiendo en Fox Mulder y también en las explicaciones del taxista, pero no es recomendable si uno es un especialista. Te lleva a pensar erróneamente que al no ser todos iguales, ni tener las mismas oportunidades, de seguro esto ocurre porque diste una boleta “ideológicamente falsa”, te ganas la vida de manera ilícita, eres un facineroso o naciste en cuna de oro. Somos diferentes, punto. Pero hay una cosa que nos iguala, porque es trascendente. Se llama trabajo duro. Algo serio, responsable, estudioso, desinteresado, abnegado, constante, disciplinado, consecuente, productivo y comunitario. Sólo cultivando esto uno puede aspirar a merecer respeto intelectual, si es verdad que quieres ser arqueólogo en el mundo de la ciencia (o de las humanidades, según sea su sensibilidad). No hay que ser adivino para saber que bajo esta estrella el futuro de cualquiera esta pavimentado, da lo mismo lo que haga, quien sea y que piense. Largo bla, bla, bla, para decir que ninguna definición de la arqueología pagó mis martinis secos (que eran mis preferidos en esa época) todos fueron el producto mi trabajo.

Hay que admitir que fue buena idea la de Ballester, de venir y tocarle la oreja a uno ¡el tema sigue siendo fantástico! Pienso en voz alta, mientras camino milagrosamente arrastrando mi pie izquierdo. ¡Si! Muy necesario. En especial porque (para seguir con la Violeta), nunca habrá sabios suficientemente competentes. La historia los mastica un rato y luego tarde o temprano los pega debajo de la mesa. Algo que también es arqueológico y súper material.